Battistozzi, Ana María, "Delirante mundo artificial", *Clarín*, Buenos Aires, sábado 7 de noviembre de 1998.

Hace ya más de un siglo, cuando la Revolución Industrial empezó a mostrar los primeros indicios de aquello que la razón ilustrada llamó progreso, los artistas –sobre todo los románticos– se refugiaron en un mundo natural idealizado al que hicieron cargo de la melancolía que les provocaba ese curso de acontecimientos. Desde entonces industria y naturaleza nunca se llevaron bien.

Con el correr de los siglos, la lucha decantó en los resultados conocidos: ya poco queda de aquel viejo y añorado mundo natural. Cada materia orgánica encuentra hoy su equivalente en un producto industrial: plantas, piedra, maderas, piel, flores o mármol llegan a nosotros en seductoras falsificaciones que parecen hablar de una disputa zanjada a favor de lo artificial.

Este es, en apariencia, el terreno confortable en que se ha deslizado la obra de Miguel Harte en los últimos años: en el polo opuesto de la sensibilidad romántica. Sin embargo no todo es sosiego en las superficies finamente acabadas de sus pinturas industriales. En las profundidades de sus mares de esmalte nacarado hace ya tiempo que se agita el rumor de un remolino cargado de acechanzas. Develada de a poco en cráteres y tajos, esa latencia subterránea viene amenazando con irrumpir en un torrente confuso de piedras, algas y pequeñas alimañas.

El dominio de la ficción

Se diría que éste es el modo particular con que la obra de Harte refracta los insolubles antagonismos de la realidad. No los anuncia ni los representa, los hace surgir en su trama interna convertidos en metáfora. Pero ha llegado al punto de liberarlos expulsándolos del cauce prolijo de su apariencia exterior.

En esta última muestra suya en Ruth Benzacar (Florida 1000) sus naturalezas, hasta hace poco aprisionadas y guardadas como reliquias, desbordan para alcanzar una autonomía de ensueño. Finalmente han abandonado sus madrigueras microscópicas, iluminadas con dudosos resplandores para alcanzar luz propia en los dominios de la ficción. Una fuga a los territorios de la imaginación que sin embargo no anula las tensiones; simplemente las traslada a otro espacio donde la lucha continúa entre seres alados, nacidos de cópulas de hombres e insectos. Un diminuto mundo feérico anida en campanas y burbujas de cristal mientras un árbol nacarado, con rostros múltiples y raíces que no cesan de crecer, improvisan un espectáculo abierto a quien quiera instalarse en él.

Gastón Bachelard decía que la imaginación miniaturizante pertenece a todos los tiempos y aparece en los sueños de los soñadores natos. Así, recordaba también a aquel prisionero que dibujó en la pared de su celda un túnel y un pequeño tren en el que, haciéndose pequeño, se subió para desaparecer en la oscuridad ante la mirada burlona de sus carceleros. "Hay que rebasar la lógica para vivir lo grande que hay dentro de lo pequeño", concluía su relato.

Como el prisionero de Bachelard, esta últimas obras de Harte rebasan la lógica espurea del falso industrial y la convierten en materia de sueño. La pueblan de visiones fantásticas que extienden las fronteras de lo real. En ellas conviven seres mitológicos, hombres-árbol y espejos de aguas agitadas que recrean relatos imposibles. En su “Jardín filosófico”, la naturaleza, concebida como puro artificio, adquiere la fuerza expansiva del delirio. Ya no se trata de un doble, sino de algo que tiene vida propia; que ha crecido en la dinámica del exceso y terminó por romper los rigores externos de la forma.